

FILMS

DE AMOR

OJOS CLAROS



Núm.
46

25
CTS.

LIONEL BARRYMORE - RUTH CLIFFORD



LE SAINT, Edward S.

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Tailleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO III

NÚM. 46

OJOS CLAROS

(BROODING EYES, 1926)

Conmovedor argumento lleno de intrigas, en un fondo de sublime sacrificio; inimitable creación del famoso actor

LIONEL BARRYMORE

por MANUEL NIETO GALAN

.....
E X C L U S I V A

PROCINE, S. A.

Clarís 72

Barcelona

REPARTO

Fernando Carey..... **Lionel BARRYMORE**

Anita Mulford..... **Ruth Clifford**

A ALMA BENNETT

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Bajo el denso velo de sus nieblas, Londres semeja una ciudad misteriosa, creada por la bruma del mar, o más bien, un gigante ciclópeo, atravesado su corazón por la espada de acero del Támesis.

En lo más céntrico de la populosa capital, donde los miles de focos eléctricos luchaban con tenacidad para infiltrar sus luces en la densidad de la neblina, se alzaba una suntuosa mansión. Nadie conocía sus dueños y, sin embargo, estaba habitada todo el año.

A pesar de lo avanzada que estaba la noche, por los huecos del edificio salía la tenue luz de su interior, que hacía presumir que sus habitantes permanecían en vela todavía.

Cerramos los ojos por unos momentos, li-

brando nuestra imaginación de todo lo que nos rodea, trasladémonos mentalmente a cuatro individuos que sostienen una animadísima e interesante conversación.

Son éstos cuatro hombres astutos y audaces, cuatro individuos a quienes la ambición había colocado fuera de la ley.

Uno de ellos, era Boris Callaghan, mitad esclavo, mitad alto, y, sobre todo, un verdadero «as» del delito. El otro se apodaba «Diamante», antiguo aristócrata, a quien sus vicios desterraron de las altas esferas, haciéndolo descender moralmente, sin que al recorrer la senda del crimen abandonara su empaque de gran señor. El tercero se llamaba Juan Bell, espíritu ruín de usurero, astucia y malignidad de zorro viejo. Su punto fuerte era el gran conocimiento que tenía de las leyes, y esto precisamente, era lo que le permitía burlarlas con gran frecuencia. Y últimamente se hallaba, Matías Llaney, el hombre de confianza de Callaghan. Su especialidad era introducirse en los palacios, y en las mansiones señoriales, poniendo a contribución sus grandes aptitudes de criado de casa grande.

Este cuarteto «tan recomendable» había tenido en otro tiempo un jefe, llamado Fernando Carey. Un hombre fuerte, enérgico, decidido... No obstante la convivencia con aquellos truhanes jamás permitió que en sus

«negocios» se derramara ni una gota de sangre y en muchas ocasiones hizo abortar los planes de sus compañeros, ante el temor de no poder impedir el crimen.

Su valor, acreditado infinidad de veces, logró dominar a los otros cuatro, pero pronto se dió cuenta de que de no huir, caería en las manos de la policía, delatado por sus mismos subordinados. Para evitarlo abandonó un día Londres y nadie supo nada de él, desde entonces.

Pero dejemos la historia de Carey para más adelante y oigamos lo que en aquellos momentos decía el aristócrata «Diamante».

—Se acabaron los robos de joyas; son demasiados expuestos y no producen nada en comparación al peligro que se corre.

Bell, que era precisamente el que se encargaba de la venta de los objetos robados y que obtenía pingües ganancias, se opuso a la proposición de su compañero y exclamó:

—Si alguno de vosotros no está conforme y siente deseos de protestar, que recuerde que por protestar, nuestro jefe, Fernando Carey, desapareció del mundo de los vivos.

«Diamante», sin alterarse por la excitación del usurero, le recriminó su actitud, diciéndole tranquilamente.

—¡No tienes urbanidad, Bell!... Parece mentira que no comprendas aún que estás entre caballeros!

Callaghan, que desde la desaparición de Carey, se había erigido en jefe, trató de poner fin a la discusión y dió cuenta del nuevo «asunto» que traía entre manos, diciendo.

—No alterarse, señores. Estoy planeando un «negocio» admirable. En este trabajo, nuestro compañero Matías tendrá el papel más importante; el de criado, y de su habilidad dependerá especialmente el éxito de la empresa.

Los demás presentaron atención a las palabras de éste que siguió diciéndoles.

—Si Carey no hubiese muerto, ocuparía hoy un puesto brillante en la buena sociedad y hasta sería Par de Inglaterra.

Se miraron unos a otros, sin detenerse a darles más explicaciones, sacó un diario y leyó la siguiente noticia:

La fortuna de Tallbois vuelve a la Corona

«Con la muerte de Sir Herberto Tallbois, Par de Inglaterra, su título se extingue por falta de herederos, y por lo mismo su fortuna y la hermosa propiedad Knayth pasan a poder de la Corona.

Su único hijo, Fernando Travers Tallbois, parece ser que, después de una vida muy agitada, pereció en un naufragio en el Océano Indico, cuando se dirigía a Calcuta...»

—No veo la hilación que pueda tener esa

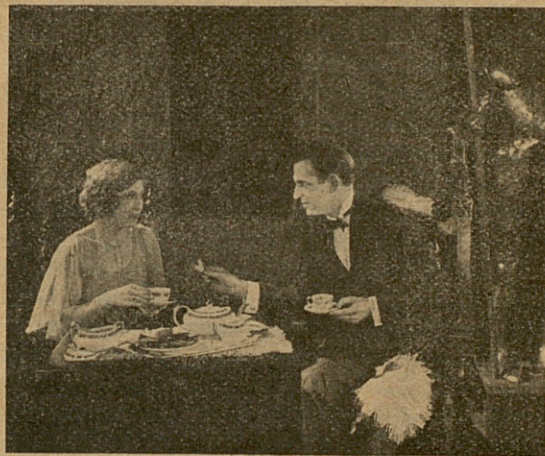
noticia con el asunto de que hablabas—exclamó Bell.

—Lo comprendo—repuso despectivamente Callaghan. — Eres demasiado imbécil para ello. Yo os lo explicaré y me diréis si merece la pena emprender el «negocio» que os voy a proponer.

Ese Fernando Travers Tallbois, de que habla el periódico y Fernando Carey son la misma persona, nuestro Jefe, al salir de la sociedad en que vivía, cambió su nombre, para no manchar el apellido de su padre. Ahora bien, Fernando Carey tuvo una hija, a la que nunca se dió a conocer, para lo cual la encerró en un colegio donde se educó hasta que su padre murió... después perdí la pista de la muchacha y no me he vuelto a acordar de ella, hasta leer esta noticia... Si la hija de Carey apareciese y reclamase la herencia, sería indudablemente Lady Tallbois y por consiguiente propietaria del castillo de Knayth y de la friolera de un millón de libras esterlinas.

La explicación había sido bien clara para que aquellos truhanes no se dieran cuenta de las intenciones de Callaghan, quien teniendo ya por seguro el éxito tomó una copa, de las que había sobre la mesa y la levantó en alto, exclamando.

—¡ Por la hija de Carey!... ¡ Por que la encontremos pronto!



— Espero que ahora nuestras entrevistas...

Y con aquel brindis, coreado por los otros, quedó convenida la busca y captura de la futura Lady Tallbois.

No lejos de allí, en el mismo barrio aristocrático, tenía su bufete de abogado Jorge Mott, quien después de haberse atiborrado de la árida ciencia de las Universidades, se complacía en deletrear en el gran libro de la Vida.

Deliciosamente bonita, de una transparente claridad en sus ojos, en los que se reflejaba toda la dulzura de su alma, repleta de ex-

quisiteces, Anita Mulford, u actuaba de secretaria en el bufete del joven abogado. Desde un principio una y otro se sintieron atraídos por una mutua simpatía y en la actualidad se hallaban unidos, no sólo por el imperativo del trabajo en común, sino también por voluntarios lazos de una sincera amistad.

La casualidad, que acostumbra, la más de las veces, a enredar la gran madeja de los hechos, había convertido a Jorge Mott, en depositario del testamento del difunto Lord Tallbois y como consecuencia, aunque indirectamente, Anita intervenía también en el asunto.

Dos días después de la conversación nocturna que acabamos de oír, Jorge Mott entró a su despacho y le dijo a su joven secretario.

—¿Quiere usted hacer el favor de traerme los documentos de la herencia de Knayth?

Obedeció la muchacha el ruego de su jefe y en el momento de entregarle los papeles que le había pedido, exclamó sonriendo.

—Un castillo antiguo, como éste, me hace pensar siempre en una Princesa cautiva y en un Príncipe que llega a rescatarla.

Jorge con los brazos cruzados, sobre el enorme legajo que Anita acababa de colocar ante él, se la quedó mirando y el la preguntó, bromeando, pero intencionadamente.

—¿Le gustaría a usted ser la Princesa encantada del castillo de Knayth?

—Siempre que el Príncipe fuese de mi agrado, ¿por qué no?—respondió la muchacha bajando los ojos, a la vez que sus mejillas tomaban el color de un delicioso carmín.

La conversación empezaba a tomar un giro algo peligroso y Jorge, para conjurarle, trató de desviar su curso diciéndole.

—Es un castillo soberbio... El sábado tengo que ir a él, si usted quiere reunirse allí conmigo, tendré mucho gusto en enseñárselo.

—Acepto y agradezco su invitación, señor Mott. Le prometo que el sábado estaré allí al atardecer—respondió Anita.

—Entonces, acordado y empecemos ya nuestro trabajo que hay todavía mucha tela a cortar—terminó diciendo el joven doctor en leyes.

Ambos emprendieron sus respectivas tareas, pero de cuando en cuando la mirada de uno y otro se posaban sobre el compañero y aquel elocuente silencio se adivinaba, que un sentimiento algo superior que el de la amistad unía a los dos jóvenes.

II

Matías Llaney, no había necesitado gran trabajo, para poder entrar de criado en el antiguo castillo. Le bastó para ello una de las muchas tarjetas que «Diamante» conservaba de sus antiguas amistades, para que Jorge Mott lo admitiera.

Situado en el campo de batalla Llaney preparaba todas las armas para emprender el ataque, teniendo al corriente a su jefe de cuantas novedades creía importante.

Mientras tanto, los otros tres no descansaban en sus pesquisas, sin que hasta el presente hubieran encontrado el menor rastro que los pusiera sobre la pista de la futura heredera.

Así las cosas, llegó el sábado por la tarde y Jorge Mott, acompañado de un antiguo criado del castillo, fué enseñándole éste a Anita.

Al entrar la muchacha, el criado le puso un libro delante y ofreciéndole la pluma le dijo.

—Es costumbre que todos los invitados firmen en el libro, señorita.

Anita escribió su nombre y su dirección y

preguntó; cuando se hallaron en el interior del viejo castillo.

—¿Es verdad que todas las propiedades suelen tener alguna leyenda?

—Así es, señorita— repuso el criado.— Ahora mismo nos encontramos en el salón más íntimo de la familia. Aquí se conservan todos los objetos, que eran casi sagrados para mis antiguos señores. El retrato que está a su lado es el del fundador del castillo. Ninguno de sus descendientes se parecen a él en nada, excepto en los ojos que todos los han tenido extremadamente claros.

Anita se acercó al enorme cuadro que pendía de la pared y pudo comprobar que, como decía el sirviente, los ojos eran de un verde claro extraordinario.

—Este vaso—continuó diciendo el que hacía de sicerone—es la única leyenda de este castillo. Se asegura que nadie, excepto un Tallbois, puede beber en él, sin verter su contenido.

—Me gustaría probar, para ver si es cierta la leyenda—exclamó la muchacha.

El criado ordenó a otro que los venía siguiendo, desde que entraron y que era precisamente Llaney, que lo llenara y se lo ofreció a la joven visitante, que se lo devolvió, después de haber apurado su contenido diciéndole.

—Ya ve usted si son falsas todas las le-

yendas. Yo acabo de beber sin derramar una gota y sin embargo no soy ninguna Tallbois.

—No obstante — repuso el criado puedo asegurarle que, hasta ahora, no ha fallado nunca la leyenda.

Sin que el hecho tuviera mayores comentarios, continuó enseñándole los demás objetos del salón y al llegar junto a unos pendones le dijo:

—El Dragón Negro, que aparece en ellos, es el airon que los Tallbois pasearon gallardamente desde las cruzadas a los campos de Flandes.

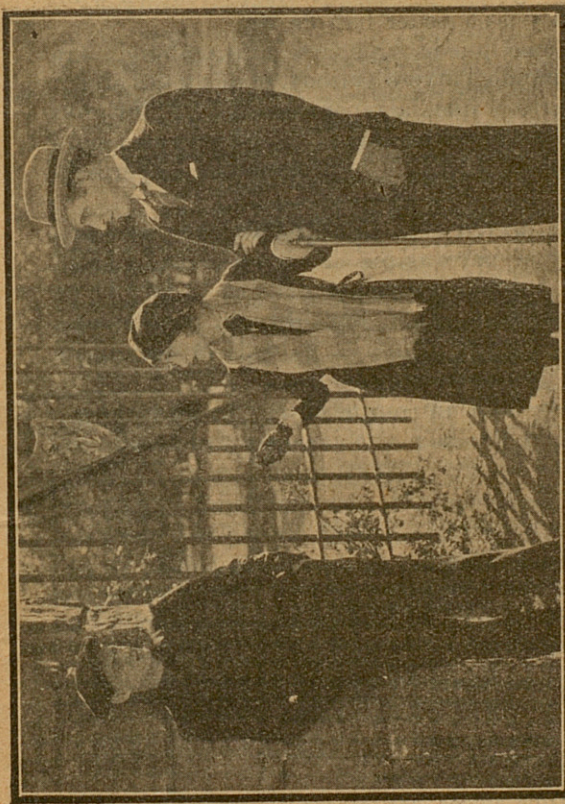
Y mientras que seguía dándole a conocer todo lo que contenía el salón, el otro criado salió disimuladamente y se puso al habla por teléfono con Callaghan diciéndole.

—Ha venido al castillo una muchacha que estoy seguro de que es la que buscamos. Os espero esta noche para daros noticias.

Abandonó el teléfono y salió al encuentro de los visitantes, para evitar cualquier posible sospecha.

Aquella misma noche, llegó a los alrededores del castillo un vagabundo, curtido por el aire y el sol. Nadie le conocía, ni nadie tuvo para él una palabra cordial de bienvenida.

—Soy un verdadero paria—suspiró tristemente. — Yo me lo merezco todo, pero, sin



Como el ángel guardián de la dueña del castillo, estaba a su puerta Feruando.

embargo todas estas tierras pertenecen a mi hija y a su poder han de ir.

Como puede suponerse el vagabundo era Fernando Travers Tallboy, el que todos creían muerto y que, arrepentidos de sus antiguas faltas volvía al lugar de sus mayores para restituir a su hija la fortuna que le pertenecía.

Se acercó a la fosa que rodeaba al castillo y se paró al pie de un corpulento árbol que había. Valiéndose del grueso bastón en el que se apoyaba, levantó una pesada losa, cubierta por la hierba y quedó al decubierto una pequeña escalera.

—¡ Es lo único que no me ha sido ingrato en la vida, la memoria!—suspiró tristemente.

Entró por el hueco que había abierto y poco después se encontraba en el «hall» del castillo. Impulsado por la curiosidad se detuvo un instante a leer los nombres de los que lo habían visitado y al leer el nombre de Anita, retrocedió unos pasos exclamando.

—¡ El Cielo ha sido más clemente de lo que yo me merezco!

¡ Apenas acabo de llegar y ya te encuentro, hija mía!

Unos pasos cautelosos le hicieron volver rápidamente la cabeza y aun pudo ver, por unos segundos, la cara del hombre que huía.

Aquellos instantes fueron suficientes para que le reconociese.

—¡ Matías Llaney!—exclamó. — Por lo visto intenta algún golpe en el castillo. Tal vez contra mi hija; pero, gracias a Dios he llegado a tiempo de impedirlo.

De pronto volvió a oír el ruido de varios hombres que entraban y pasó al salón inmediato para espiarlos.

Las voces se acercaban más, ya estaban junto a la puerta y Fernando Travers, apenas tuvo tiempo de entrar en un saloncito inmediato. Desde allí le era imposible ver, ni oír nada de lo que ocurriera, pero de pronto tuvo un recuerdo salvador, se elevó sobre una escala que pendía de la pared y procurando hacer el menor ruido posible separó los trocitos del lienzo que pertenecían al retrato, precisamente en el lugar que ocupaban los ojos y se dispuso a ver y oír todo lo que pasaba en la estancia inmediata.

Matías Llaney, daba cuenta a sus compañeros del encuentro que acababa de tener y les decía:

—¡ Estoy seguro de que era Fernando Carey!

—No digas tonterías—exclamó Callaghan. — Carey está más que muerto. Sin duda el miedo te ha hecho ver visiones.

—¡ Yo no se si está muerto o vivo!—volvió a decir Llaney.—Fuera un hombre de

carne y hueso o un fantasma, yo os aseguro que lo he visto.

—Acabarás por hacernos creer tus tontearías, sin que nos des cuenta de lo que ha motivado tu llamada de hoy.—Le dijo nuevamente Callaghan.

Con pocas palabras el fingido criado le dio cuenta de la visita de Anita Mulford, le explicó la leyenda del vaso y, por último su parecido con los ojos del retrato.

—Puesto que tenemos su dirección y las pruebas de su identidad están en nuestro poder, Bell irá mañana a visitarla y a obligarla a que firme un documento, pagándonos espléndidamente nuestros servicios—terminó diciendo Callaghan, y dando por concluida la reunión.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis) a
Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

III

Pasaron algunos días sin que nada anormal ocurriese y durante ellos Callaghan fue reuniendo todos los documentos que necesitaba para probar la personalidad de Anita, como heredera de la fortuna de Tallboir.

Al cabo de ellos, se presentó una noche Bell y dio cuenta de su gestión de aquel día diciendo.

—Ana Mulford me ha firmado un compromiso para pagarnos treinta mil libras por el descubrimiento, pero quiere que sea Jorge Matt quien reclame su título ante los tribunales.

—Poco nos importa quien sea—exclamó Callaghan.—Las pruebas las tenemos nosotros y nada pueden atentar sin ellas... Vámonos a examinarlas.

Abrió una caja que contenía toda la documentación perteneciente a Anita y en vez de los documentos que creían encontrar hallaron un papel que decía:

«Los documentos que prueban la identidad de Ana Mulford están en mejores ma-

nos. Si estiman ustedes sus vidas, dejen en paz a esa joven.

Ante aquella desaparición los cuatro hombres quedaron anonadados, hasta Callaghan se repuso y los animó diciéndoles.

—¡Bah!... Para hombres como nosotros, esto no es más que una pequeña contrariedad!

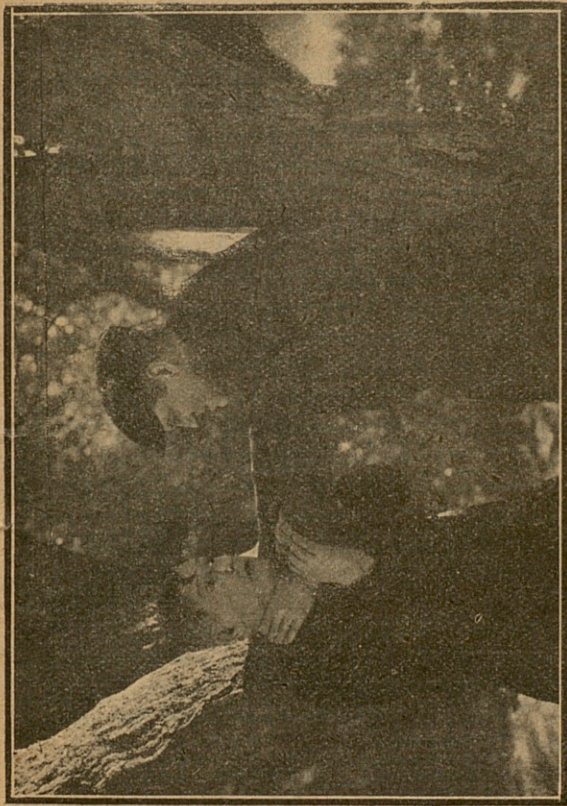
—Estoy seguro de que Carey vive y el ha sido el único que ha robado esos documentos—exclamó Llaney.

—Poco importa—repuso el jefe. — Si es cierto que Carey ha vuelto del infierno, en el que debía estar ahora, yo os demostraré que no le temo a los fantasmas! ¡ Iré a buscarlo en su misma guarida!

En efecto, el hecho había ocurrido tal y como había dicho Llaney. Fernando Travers, al enterarse del «chantage» que pensaban realizar, fué a casa de los bandidos y aprovechándose de la ausencia de éstos robó los documentos, que inmediatamente envió a su hija.

La sorpresa de Anita, cuando tuvo las primeras noticias de que ella era la heredera de la fortuna de los Tallbois, es inexplicable y aquel mismo día dio cuenta a Jorge Mott de lo que le sucedía.

—Ha venido un hombre a mi casa, asegurándome que tenía documentos que proba-



— Devuélveme ese documento o eres hombre muerto.

ban mis derechos a la herencia de los Tallbois—le dijo.

El abogado se la quedó mirando extrañado, como pensando si su secretaria habría perdido el juicio y al fin le dijo.

—¿Me parece que la visita del otro día la ha impresionado bastante, Anita?

—Creo adivinar lo que usted piensa en este momento—repuso la muchacha—pero para que se convenza de la veracidad de mis palabras, le ruego que venga hoy a mi casa. Desde otra habitación puede escuchar la conversación del desconocido.

Accedió Jorge a la petición de la joven y aquella misma tarde pudo comprobar, que su secretaria estaba más cuerda que nunca.

Y sin embargo, en medio de su alegría por la fortuna que había de heredar la joven, Jorge sentía un íntimo malestar al pensar que aquella herencia, tal vez la alejaría de su lado.

Llegó el día en que Bell tenía que entregar los documentos y pasó la hora señalada, sin que este apareciera.

—¡Todo era mentira!—exclamó descorazonada la joven.

—No hay que desesperar—la consoló Jorge.—Quizás venga por la noche.

Pero al llegar horas después al bufete de Molt, sobre su mesa, se encontró un pliego que decía en su exterior.

«Pruebas que establecen los derechos de Ana Talbois, sobre la herencia de su abuelo».

—Estos documentos están en regla—exclamó Jorge después de examinarlos.—No cabe duda, alguien tiene decidido interés en protegerla, Anita... y hay que reconocer que esa persona, sea quien sea, usa procedimientos muy misteriosos.

Lo más curioso—contestó la muchacha—es que el desconocido protector utiliza el Dragón Negro, el escudo de los Tallbois.

Unido a los documentos venía un trozo de papel escrito a máquina y que decía:

«Déjate guiar por el hombre en quien confías».

—Ya lo sabe usted, señor Mott—volvió a decirle Anita señalando aquel escrito—usted es el hombre que ha de guiarme, porque es el único en quien confío.

—Gracias, Anita—repuso el joven ofreciéndole la mano, pero cuando iba a decir la palabra tan deseada por ella, el señor a que lo creyese un enamorado interesado lo detuvo.

IV

Antes de seguir adelante conviene hacer alguna historia de la vida de Fernando Travers, convertido despues en Fernando Carey.

En los principios de su juventud Fernando se enamoró perdidamente de una pobre muchacha, tan buena, como hermosa. Su condición humilde fué una barrera infranqueable para que los padres de él otorgasen el consentimiento de aquellos amores y Fernando enloquecido por su pasión, huyó del hogar paterno para casarse con la elegida de su corazón.

De resultas de aquel matrimonio nació Anita, robandole la vida a la madre en el momento de nacer y desde entonces, para olvidar el gran dolor de su vida Fernando Travers, con el supuesto apellido de Carey, se entregó a una vida desordenada, en la que conoció a «Diamante».

No tardó en tomar parte en sus negocios y la fuerza de aquel hombre, todo nervios, que de un solo golpe se deshacía de cualquier temible rival, lo elevó bien pronto a la categoría de jefe.

Pero el alma noble de Carey no podía permitir ningún crimen y llegó a ser un estorbo para su scompañeros, que decidieron suprimirlo. Se enteró de ello Fernando y, cuando se convenció de que dejaba a su hija en buenas manos, huyó a América, para buscar, en el trabajo, la expiación de sus culpas.

Tres años de continuo batallar, como un condenado a trabajos forzados, fue el principio de su regeneración; pero indudablemente la fatalidad le perseguía y ésta se le presentó una noche en forma de mujer.

Se hallaba en uno de los cafés de un barrio bajo, cuando vió que uno de los parroquianos intentaba maltratar a una de las bailarinas. Impulsado por su nobleza salió en defensa de aquella mujer y agarrando al hombre por el cuello, lo arrojó violentamente contra el suelo.

La bailarina se acercó a él y besándole las manos le dijo:

—Me habéis salvado la vida, pedidme lo que queráis.

—¿Quien es ese hombre?—preguntó un tanto interesado Fernando.

—Un miserable que quiese tomar a la fuerza, lo que no puede de mi voluntad—respondió ella.—Hace tiempo que me persigue.

—¿Ya por qué no habeis abandonado el café?—volvió a inquirir Fernando.

—Porque tengo que mantener a mi hijita y no tengo otro medio.

El objeto justificó el medio para Fernando que se acordó de su hija y desde aquel día se hicieron frecuentes las entrevistas entre los dos, hasta que finalmente terminaron casándose.

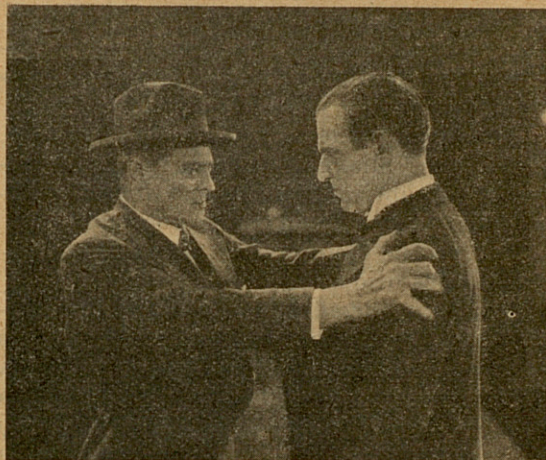
Pero pronto conoció Carey su tremenda equivocación al ver que aquella mujer había vuelto de nuevo a la vida viciosa en la que la conoció y huyó de su lado.

En su huida le sorprendió la noticia de la muerte de su padre y pensando en que aquella fortuna le pertenecía volvió a su patria para que, ya que él no podía, la disfrutara su hija.

Al poco tiempo de su regreso fué Anita reconocida oficialmente como heredera legítima de Sir Tallbais y bien pronto ocupó su sitio de honor en medio de la orgullosa nobleza inglesa.

Al llegar a su encumbramiento no podía olvidar la joven al hombre que había conquistado su corazón y un día se le quejó de sus largas ausencias diciéndole.

—Le estoy agradecísima por su preciosa ayuda, señor Mott, pero en cambio muy disgustada con sus ausencias. La última vez que nos vimos fue por asuntos profesionales... Espero que ahora nuestras entrevistas serán más frecuentes y menos obligadas.



— Yo soy Fernando Carey.

—Así lo espero—contestó el joven.

Y desde aquel día empezó un verdadero idilio entre los dos jóvenes a pesar de que ninguno se había atrevido a exteriorizar el sentimiento que inundaba su corazón.

Mientras tanto, como el ángel guardian de la dueña de la casa, oculto en el castillo, estaba Fernando Carey. Sus culpas pasadas le vedaban los goces de la paternidad, pero no le impedían velar por su hija, lo único puro, lo único bueno que había habido en su vida.

Desconfiaba de Callaghan y sus cómplices, que parecían haberse conformado con la derrota, y no perdía de vista a Llaney, que continuaba siendo criado del castillo.

No eran infundados temores de Fernando, puesto que Callaghan trabajaba afanosamente por descubrir, hasta los más pequeños incidentes de la vida de su antiguo jefe.

Por fin un día reunió a sus tres compañeros y les dijo:

—¡Ya he encontrado a la mujer que buscamos! Carey se casó en América y como es el único casamiento público, este es el válido. Su mujer es artista del género ínfimo en un cabaret de Liverpool, donde actúa con su hija. Si Anita Tallbois no nos entrega la cantidad ofrecida esta misma noche, haremos que aparezca como hija de Fernando Carey la de la bailarina.

Y puestos de acuerdo sobre el nuevo plan que habían de seguir, aquella noche se presentó Bell en el castillo, solicitando hablar con Lady Tallbois.

—Perdón, si la molesto, señora—empezó diciendo el usurero.

—Pero, sin duda alguna, ha olvidado usted la pequeña cantidad que me adeuda.

—Creo que el que ha olvidado que no cumplió su promesa es usted, señor mío... por lo tanto nada le debo—contestó Anita.

—Tengo el documento firmado por usted

y sentiría tener que dar un escándalo, llevando a la honorable Lady Tallbois a los Tribunales—le amenazó, con fingida humildad Bell.

Aquella amenaza desconcertó a la muchacha, pero aun así no se dió por vencida y contestó:

—Estos asuntos no quiero volverlos a tratar. Si algo desea entrevistase con mi abogado, el señor Mott.

De ningún modo le convenía al astuto Bell la intervención de un hombre entendido en leyes y para amedrantarla, le dijo:

—Creo que le he dado pruebas de conocer toda su historia y si en el plazo de veinticuatro horas no he recibido la cantidad ofrecida, haré pública la vida aventurera que ha llevado su padre y la ilegitimidad de usted, demostrando que la actual Lady Tallbois es la hija de un ladrón.

—¡Miente usted! — exclamó indignada Anita.—¡Mi padre era un Tallbois y como tal nunca pudo ser lo que usted dice.

Fernando Tallbois, apoyado tras el retrato escuchaba toda la conversación y sentía un íntimo orgullo al saberse defendido por su hija.

Cuando comprendió que la discusión llegaba al final, y convencido de que los cómplices de Bell, no estarían lejos, salió de su escondite y se ocultó a la puerta del castillo,

Media hora después salían los cuatro compañeros cuando se les apareció de pronto Fernando, diciéndoles.

—Celebro encontrarte Callaghan... Deseaba darte las gracias por haber demostrado los derechos de mi hija a la herencia de Talibois... Ahora quiero que me devuelvas el documento que ella te firmó... Así no sentirás la tentación de usarlo para sacar más dinero.

Bell procuró escabullirse, pero Fernando que había adivinado en aquella acción, que el documento aun estaba en poder de éste, le atenazó por el cuello exclamando:

—Devuélveme ese documento o eres hombre muerto.

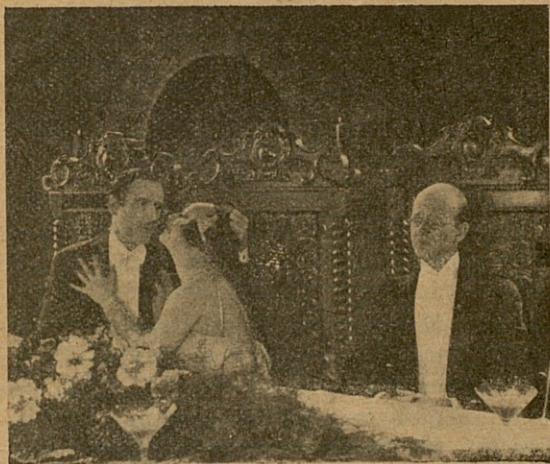
—¡Te juro, Fernando que no se nada de ese documento!—exclamó Bell.

—¡No jures y devuélvemelo pronto!... De lo contrario vas a pagar aquí todas tus infamias!

Comprendió Bell que no tenía más remedio que acceder y le señaló el sitio donde lo llevaba oculto.

—Ya ves el auxilio que te han prestado esos miserables—exclamó Fernando, señalando a sus antiguos subordinados, que huyeron, para librarse de la ira de él.

—Ahora—continuó diciéndole.—Vas a decirme que habéis pensado contra mi hija. Te doy cinco segundos de tiempo para que cantes.



... Callaghan y sus cómplices acompañaban a...

—Te lo diré todo—repuso Bell.—Mañana piensan venir con una bailarina, que dicen que es tu mujer, para arrojar a tu hija del castillo.

—Gracias, Bell—contestó burlonamente Fernando.—Siempre te tuve como amigo y para que lo veas, vas a vivir conmigo, hasta que esos sinvergüenzas lleguen al castillo.

Y encañonado, con su pistola, lo condujo hasta su escondite.

V

La joven Lady llamó al día siguiente a su abogado y cuando le dió cuenta de lo que le había ocurrido el día anterior, le dijo.

—Ampáreme usted Jorge. Usted es la única persona que me quiere de veras.

—Tranquílcese Anita. Yo le prometo que todo quedará arreglado esta misma noche—procuró él consolarla. Mientras tanto, Fernando Travers, llevaba a efecto el mayor sacrificio de su vida. Se presentó en la Jefatura de policía y preguntó a uno de los ordenanzas.

—Haga el favor de decirle al jefe si puede recibira un hombre que pretende hacerle importantes declaraciones.

Unos segundos después Fernando Carey se hallaba en presencia de aquel y le decía:

—Yo soy Fernando Carey. He venido a entregarme, para evitar la desgracia de un ser inocente.

Poco necesitó para dar cuenta de todo lo que había pasado y terminó diciendo: •

—A las doce en la puerta del castillo habrá

un hombre que lo esperará y franqueará la entrada a sus hombres.

A la hora señalada se hallaban en el castillo Callaghan y todos sus cómplices, que habían acompañado a la bailarina.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Anita.

—¿Me parece que la que debe preguntar quien es usted, soy yo?—exclamó la bailarina.

—Yo soy la dueña de este castillo—contestó la joven.

—¡Y yo la esposa verdadera, la única de su padre y por lo tanto aquí no hay más ama que yo!—gritó de nuevo la bailarina.

—¡Mientes!—exclamó Fernando, apareciendo de pronto.—¡Todos sois una cuadrilla de farsantes, de ladrones y de asesinos! ¡La policía dará pronto cuenta vuestra!

—¡No olvides que tu corres el mismo riesgo!—le contestó Callaghan.

—Me importa poco. Yo ya he vivido bastante.

En aquel instante entró Llancy y gritó aterrado.

—¡La policía!

Quiso huir Callaghan, pero Fernando le cortó la huida diciéndole:

—Es inútil, no hay salida.

—Yo la abriré—y Callaghan al decir esto disparó sobre su antiguo jefe que cayó al suelo mortalmente herido.

Pero ni de esta forma pudo librarse, lo mismo que sus compañeros del peso de la Ley, y Fernando, momentos antes de morir, abrió los ojos y al ver el llanto de su hija, exclamó:

—No sufro... al contrario... ahora soy feliz.

—Pero ¡ por Dios, por favor, dígame quien es usted—preguntó angustiada por un doloroso presentimiento.

—Soy... el mismo... que usted supone... hija mía. Fueron sus últimas palabras.

—¡ Era mi padre!... ¡ Mi padre! —gritó desconsolada, acercándose a Jorge, que la atrajo dulcemente hacia él, y le contestó:

—Su padre ha empezado a labrar su felicidad, Anita... ¿ Me permite usted que yo termine su otra?

La joven reclinó la cabeza sobre el pecho del amado, y sobre su frente recibió la caricia de un beso puro, lleno de amor y que venía a endulzar el dolor de aquel triste momento.

FIN

LAS MIL Y UNA NOCHES

== LOS
CUENTOS
ETERNOS

Pida ahora los cuadernos publicados

*Ali-Babá
y los cuarenta ladrones*

En un solo cuaderno

Aladino

o

la lámpara maravillosa

En dos cuadernos

*Historia
del caballo encantado*

En un solo cuaderno

*Historia
del Principe Cododac*

En un solo cuaderno

Aventuras

30 cts. *del joven Beder*

cuaderno

En un solo cuaderno

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a

Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona